

LUCIANO CANFORA

**EL FASCISMO
NUNCA HA ESTADO
MUERTO**

TRADUCCIÓN

Emilio Pérez-Manzucó

s e r i e c e r o

Índice

Para entrar en el tema	7
CAPÍTULO PRIMERO	
El núcleo	13
CAPÍTULO SEGUNDO	
Las tres caras del fascismo	21
CAPÍTULO TERCERO	
Consultar el atlas	29
CAPÍTULO CUARTO	
El caso alemán	39
CAPÍTULO QUINTO	
La parábola de Mussolini	47
CAPÍTULO SEXTO	
Cassius	55
CAPÍTULO SÉPTIMO	
Preguntas fundamentales	59
CAPÍTULO OCTAVO	
Neofascistas, fascistas y fascistas «atlantistas»	65
CAPÍTULO NOVENO	
Conclusiones	73
Apéndice	81

Para entrar en el tema

«A los nazis no nos gusta esta mierda», así se expresaba sobre los judíos el ministro de Economía del gobierno finlandés neatlántico, Wille Rydman (*Corriere della Sera*, 31 de julio de 2023, p. 13).

De hecho, Finlandia había entrado recientemente en la familia de la OTAN entre fanfarrias y llantos de júbilo el 20 de junio, una vez formado el nuevo gobierno íntegramente de derechas. El pilar del nuevo ejecutivo es el partido *ultra* de los Verdaderos Finlandeses —así se llama— del que Rydman, de 37 años, es portavoz autorizado.

Otros dos ministros, también *verdaderos finlandeses*, habían hecho declaraciones similares y se les había sugerido modestamente que dimitieran.

Rydman, que goza de un horizonte mental amplio, aborda «todos los ámbitos»; por ejemplo, habla de los ciudadanos de Oriente Medio como «monos». No es del todo original en este aspecto. Antes, el ministro de la Liga Norte del actual gobierno italiano, Roberto Calderoli, se refirió hace años a la diputada

Cécile Kyenge, de origen africano, como «orangu-tán». Vocabulario pobre, ideas primitivas.

El 7 de julio de 2023 (p. 15), el *Corriere della Sera* informaba a sus lectores sobre el «boom electoral» de Alternative für Deutschland [Alternativa por Alemania] en las elecciones locales alemanas. Y definió a ese partido como «xenófobo, antisemita y triunfante».

En la edición romana del mismo periódico (29 de julio, p. 5) apareció la figura, ausente en otras crónicas y publicaciones de tirada nacional, «Miss Hitler». Que, junto con «otros nazis», se *arriesgaría* a ser juzgada por sus «desvaríos antisemitas» en las redes sociales. Por supuesto, Finlandia estaba muy por delante.

Una vez más, el *Corriere della Sera*, siempre diligente con la información, daba a conocer el 25 de mayo de 2022 acerca del fundador del «batallón Azov» ucraniano, que «las huellas de su pasado han sido borradas de la red»; esto es —precisaba el periódico— su «neonazismo» (p. 9).

El batallón atlántico (Letta-Gasparri-Tajani) hizo bandera del batallón Azov. Entiéndase: del «mundo libre» (el *gag* vuelve a estar de moda).

Y el 6 de julio de 2023, el siempre vigilante corresponsal en el frente del *Corriere*, Lorenzo Cremonesi, abría una breve crónica desde Kiev con las siguientes palabras: «Era inevitable que la guerra devolviera el protagonismo a los grupos más extremistas de la derecha nacionalista ucraniana». Y añadía: «que ahora se combina con el descontento de los veteranos» (p. 14).

Y relataba, lamentando tener información confusa, un episodio ocurrido el día anterior: activistas de extrema derecha detonaron bombas en un juzga-

do de la capital para boicotear el juicio a un personaje destacado del «asalto al Parlamento» de 2015. En definitiva, un clima *Esprit des Lois*. Y, dada su familiaridad con el fuego como medio de comunicación política, señalamos el gesto realizado el 12 de diciembre por el diputado derechista polaco Braun: armado con un extintor, apagó la Menorá judía encendida en los pasillos del Parlamento de Varsovia, señalándola como un símbolo «satánico».



Es bien sabido que la categoría de «fascismo» puede ampliarse indefinidamente hasta hacerla coincidir con otra categoría omnívora («totalitarismo»), es decir, hasta que deje de tener significado alguno. No está de más citar ejemplos de esta vana manera de proceder. El más sintomático, en su serena fatuidad, es quizás el de Waller R. Newell (nacido en 1952, profesor de ciencias políticas en Ottawa) que, en su tan cacareado *Tyrants* [Tiranos], rápidamente traducido en Italia (2016), ofrece el siguiente elenco de fascismos: «Todos los nazis y bolcheviques eran fascistas (sic)»; y arroja además un puñado de nombres: «Salazar, Somoza, todos los nacionalistas árabes, Mubarak, Assad, la Unión Soviética» (p. 303).

Todo eso, por supuesto, queda incluido en la acogedora categoría de «tiranos». Y, en este punto, el lector descubre que se trata de una galería inmensa: Hierón de Siracusa, Francisco Franco, Alejandro Magno, Napoleón, Luis XIV, Kemal Atatürk, César,

todos los Tudor (pp. 15-17). O no hemos mirado bien o falta la abuela falsa de Caperucita Roja.

Difícil seguir el ritmo de este carrusel pirotécnico: la «lista» de Leporello que cataloga las aventuras de Don Giovanni es mucho más breve y árida.

Fruto de la cultura anglosajona dominante, el libro se liquida a sí mismo. Sin embargo, nos inspiraremos en él —motivo por el cual lo hemos desenterrado— con el único propósito de hacer más evidente que se puede seguir un camino completamente diferente.

Es útil estudiar un fenómeno histórico en particular. El caso que nos interesa aquí es el fascismo. Esto se puede hacer si somos conscientes de que tiene raíces específicas y su propia historia peculiar, aunque simultáneamente también una amplia difusión, favorecida por un creciente —durante más de una década— interés internacional. Atrajo a su órbita otros movimientos de otros países que contaban con raíces propias.

Y, mucho después de su colapso político y militar, continuó alimentando el debate historiográfico, como también, y sobre todo, político, tan animado que se convirtió, a su vez, en parte de la realidad política. Durante la segunda mitad del siglo XX y más allá. Nunca abandonó la escena. Como es normal en un movimiento derrotado, operó entre bastidores.



Volvamos a la historia italiana: crisis, agonía y fin de la República creada por los partidos que perecieron con ella. Es una historia lineal, a su manera: